

presa de los mas acerbos dolores : ¡ los dañinos viboreznós acababan de picarle ! El prudente amigo se apresura á buscar algun alivio ; pero es tarde , el veneno se ha infiltrado hasta el corazon , y la víctima espira en sus brazos .

Hé aquí la historia de un sinnúmero de cristianos cuyos desarreglos espantan : al nacer traen ya consigo todas sus pasiones ; los mas cuidan poco de ahogarlas desde su gérmen , y al contrario halagan á estas pequeñas víboras y las alimentan con deslicillos al parecer poco peligrosos ; estos deslicillos , empero , van degenerando en hábitos ; las pasioncitas toman consistencia : en vano se les predica que estos animalejos crecerán rápidamente y acabarán por corroerles las entrañas ; su ceguera puede mas que todo , desprecian los avisos , y ¿ qué sucede ? que llega la hora tonta , ocurre una tentacion apremiante , y las pasioncitas olvidadas desde mucho tiempo , halagadas , alimentadas , tienen ya el vigor suficiente , y rompiendo los débiles vínculos que las sujetan , salen vencedoras y matan el alma .

ORACION.

Dios mio , que sois todo amor , gracias os doy por haberme hecho conocer la fealdad y malicia del pecado mortal , guardadme de caer jamás en él .

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas , y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor , nunca cometeré pecado venial con propósito deliberado , por ligero que me parezca .

LECCION LI.

DE LO QUE PERPETÚA NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR,
EL NUEVO ADAN.

Remedios generales contra los pecados. Las postrimerías : las virtudes. — La Iglesia. — Fundacion de ella : consagracion de san Pedro. — Ascension del Salvador.

Las postrimerías. — Si un médico anunciara haber descubierto un remedio infalible contra algunas de las innumerables dolencias que afligen á nuestra humanidad desde la infancia hasta la vejez , ese médico seria objeto de una ovacion universal ; de todas partes correrian á encontrarle ; no habria viaje , fatiga ni dispendio que pareciesen bastantes para obtener su pócima estupenda . Alumbraos por la fe , nosotros hemos procurado llenar el oficio de semejante médico , indicando en la leccion que precede remedios especiales para las diversas enfermedades del alma : ¡ ojalá todos los hombres recurrieran á los mismos con la propia solicitud y confianza que tendrian por el médico y el remedio de que acabamos de hablar ! Nuestra palabra no es nuestra , sino la palabra infalible de Dios ; nuestro remedio no es nuestro , sino el remedio del Médico celestial descendido á la tierra para sanar todo lo que está malo .

Supongamos ahora que dicho médico acreditara poseer un específico infalible contra todas las enfermedades : ¡ qué tal seria el entusiasmo ! ¡ cómo se acudiria de uno y de otro confin del globo para tener la dicha de consultarle ! ¡ con qué generosidad se le pagaria , y qué gratitud se conservaria á ese benefactor de la humanidad , restaurador de la salud despues de crueles dolores ! Pues bien , en el orden espiritual , esto es , en aquel orden en que se padecen las enfermedades mas graves y agudas , existe ese médico , Nuestro Señor , que tiene en su poder el universal específico , el cual nos le brinda y da gratuitamente , sin necesidad de viajes ni fatigas , con solo desearlo ; específico que tiene la doble ventaja de ser preservativo y curativo , y cuya receta nos dicta el mismo Señor en estos términos : *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías , y no pecarás jamás* ⁴ .

Es , pues , de fe que hay un medicamento universal que sana infa-

⁴ *Fill... in omnibus operibus tuis memorare novissima tua , et in æternum non peccabis. (Eccli. vii, 40.)*

liblemente todas las dolencias del alma, y que es no menos eficaz para preservarnos de ellas que para curarlas. Haced la prueba en un hombre cualquiera, rico ó pobre, joven ó viejo, sabio ó ignorante, expuesto á caer enfermo de orgullo, de avaricia, de lujuria ó de otro pecado, ó enfermo ya de alguna de estas lepras devoradoras; decidle que ensaye semejante medicina, y estad ciertos, como lo estais de la palabra de Dios, que conservará ó recobrará infaliblemente la salud de su alma. ¿En qué consiste, pues, medicamento tan incomparable, y cuál es la manera de emplearlo?

La esencia, por decirlo así, de este remedio son las cuatro postrimerías del hombre, á saber: *muerte, juicio, infierno y gloria*. Llámense *postrimerías*, porque la muerte es el fin de la vida y la cosa postrimera que en el mundo puede acaecer; el juicio *final*, el último de los juicios pronunciados ó pronunciaderos por la conciencia, por los tribunales humanos ó por el mismo Dios, de modo que no tiene apelación; el infierno el *último* mal que puede acaecer á los protervos, mal irreparable cuyo rigor, duración y naturaleza no podrá jamás templarse, acortarse ni modificarse; la gloria el bien *postrero* reservado á los buenos, bien inenajenable, completo, sin mezcla y sin fin: tal es la universal panacea preparada por el Médico infalible.

En cuanto á la manera de emplearla, dos cosas se requieren: 1.º tener fe; 2.º pensar habitualmente en este remedio. Nada más fácil que creer en la realidad de nuestras postrimerías, bastando al objeto recordar las pruebas convincentes que hemos ido alegando en el decurso de este Catecismo, y que se contienen en el Evangelio como en todas las obras de Religión; recordar además el consentimiento universal de los pueblos, incluso los paganos, en admitir la teoría de premios y castigos eternos después de la vida, y asimismo la necesidad de esta creencia que no puede negarse sin negar la distinción entre el bien y el mal; sin hacer imposible toda sociedad entre los hombres; sin desconocer la sabiduría y la justicia de Dios; sin negar al mismo Dios, y por fin, sin caer en desvarío. Mas no basta creer con una fe indecisa estas verdades imponentes; es preciso creerlas con fe viva, y ser consecuente con esta fe. El medio más eficaz para que la fe en estas cuatro grandes realidades influya sobre nuestra conducta, es la memoria habitual de ellas: hé aquí el segundo medio de aprovecharnos de la divina panacea insiguiendo las prescripciones literales de nuestro Médico celestial: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías.*

¿Por qué en todas tus obras? Porque no hay una sola que no ofrezca al alma germen de mal: la vanidad, el amor propio, el interés, la codicia, la sensualidad; en todas tus obras, porque no hay una sola que no pueda conducir á la eterna bienaventuranza si se cumple debidamente; en todas tus obras, porque esa sucesión de actos, de pa-

labras, de tareas ordinarias, es la que ocupa nuestras horas, nuestros días, nuestras semanas, nuestros meses, nuestros años, nuestra vida entera, conduciéndonos al cielo ó al infierno.

Acuérdate. La manera de cumplir bien todos los actos de la vida y encaminar esta debidamente, es fijar siempre la vista en el blanco á do tendemos, como el navegante que deseando arribar á una isla lejana perdida en la inmensidad del océano, no separa sus miradas de la brújula ó de la estrella polar. *Acuérdate*, y al objeto vela sobre tus sentidos internos y externos, para que extrañas preocupaciones no vayan á debilitar ó quitar de tu memoria ese recuerdo luminoso, abandonándote al vislumbre falaz de las máximas del mundo, á las sugerencias del demonio y al erróneo juicio de tus pasiones. *Acuérdate*, y al objeto ponte cada día en presencia de tus postrimerías, y considéralas detenidamente con una meditacion proporcionada á tu edad y á tus ocupaciones, trayéndolas á la memoria varias veces al día, y repasándolas nuevamente en el corazón antes de conciliar el sueño. Para que más fácil sea la aplicación de este remedio inmortal hé aquí un modelo de la meditacion que encarecemos:

1.º Sobre la muerte. Cuatro cosas pueden considerarse en ella: primero, que es certísima y que nadie escapa á su jurisdicción: « Yo » he de morir; » segundo, que su hora es incierta, siendo muchos los que sucumben cuando menos se catan: « Ignoro cuándo he de » morir, solo sé que puede ser pronto, y que para morir basta un » instante; » tercero, que en la misma acaban todos los planes, todas las empresas de la vida, echándose entonces de ver toda la vanidad de las cosas terrenas: « De todo quedará despojado, de todo » separado, de todos olvidado; » cuarto, que al llegar la muerte es cuando nos arrepentimos del mal causado y del bien omitido, y que es incalificable locura hacer lo que indudablemente nos pesará haber hecho: « ¡Cómo sentiré haber malogrado tantas gracias! »

2.º Sobre el juicio. Cuatro cosas pueden también considerarse en él: primero, que tendrá por objeto un asunto de la más alta importancia, nuestra suprema dicha ó nuestra suprema infelicidad: « En » él se resolverá si he de ser santo ó réprobo; » segundo, que será dictado por el supremo Juez, el cual nada ignora y á quien nadie resiste: « Mis pecados secretos, mis faltas ocultas se pondrán en relieve, » y me cubrirán de confusión si no hiciere penitencia; » tercero, que se efectuará en faz de las naciones congregadas, sin que nadie pueda eludirlo: « Y yo estaré allí, y seré visto, y conocido, y llamado por » mi nombre; » cuarto, que no hay esperanza alguna de evitar la justicia del cielo: « Allí estaré, fijo en mi puesto, por la omnipotencia » de Dios. »

† Omnia si perdas, animam servare memento.

3º. Sobre el infierno. Cuatro cosas pueden considerarse asimismo : primero , su inmensidad. El infierno es un abismo de una anchura , de una altura , de una longitud y de una profundidad sin medida ; es anchísimo , porque encierra todos los tormentos imaginables para el alma y sus facultades , y para el cuerpo y sus sentidos ; larguísimo , porque todas las penas de él son eternas ; altísimo , porque las mismas penas están elevadas á su mayor punto ; profundísimo , porque estas penas son colmadas , sin mezcla de lenidad : « ¿ Y yo me sentiré capaz » de habitar por una eternidad entre aquellas voraces llamas ? » Segundo , sus moradores. El infierno es la mansión de los demonios , enemigos implacables de los hombres , que tendrán un placer cruel en atormentarlos y reirse de sus dolores ; mansión de los seres mas abyectos y ruines que hubo en la tierra , asesinos , ladrones , impúdicos , malos hijos , malos padres , los cuales se maldecirán unos á otros : « ¿ Pa- » réceme agradable semejante compañía ? » Tercero , sus tormentos. Estos son allí de dos clases : pena de daño , ó privación del supremo bien : « He perdido á Dios , y perdílo por mi culpa , por una miseria , para » siempre y sin recurso ; » y pena de sentido , ó dolor corporal : « Ya » cer en un abismo de fuego , saturado de fuego como la carne en » salobre lo está de sal ⁴ ; tocar solo fuego , no respirar sino fuego , sin » esperanza de obtener jamás una gotita de agua para templar esa » ardencia y mitigar algo la sed roedora que me atormentará noche y » día , siempre , eternamente . » Cuarto , sus vías. El camino del in- fierno es el pecado : primeramente el venial , que enervando el alma la dispone á mortales caídas , y luego el mortal , que abriendo el in- fierno nos señala un lugar en él , aguardando solo el golpe de la muerte para abismar á su víctima : « Si muriese en este momento , ¿ á dónde » iría á parar ⁵ ? »

4º. Sobre la gloria. También cuatro cosas pueden considerarse : primero , su magnitud. Es anchísima , porque contiene todos los bienes imaginables y no imaginables para el alma y para el cuerpo ; es larguísima , porque todos estos bienes son eternos ; es altísima , porque estos bienes son muy nobles , muy elevados y superiores á todas las dichas conocidas ; es profundísima , porque estos bienes son colma- dos , sin mezcla alguna de mal : « ¿ Y yo no haré nada para conse- guirlos ? » Segundo , sus moradores. El cielo es la morada esplendente de la santísima Trinidad , de la humanidad de Nuestro Señor , de María santísima , de todos los Ángeles y de todos los Santos , es decir , de cuanto hay mas bello , mas adorable y mas perfecto : « ¿ Qué son » las grandezas de la tierra en comparación de todo esto ? » Tercero , sus delicias. Estas son de dos clases : delicia del alma , ver , poseer y

⁴ Omnis victima igne salietur. (*Marc. ix, 48.*)

⁵ Belar. *Dottr. crist.* p. 246.

amar al supremo Bien ; y delicia del cuerpo , vida , salud , belleza y juventud eternas : « ¿ Nada dice esto á mi corazón , á ese corazón tan » apasionado por los bienes caducos , en los que no se distingue nin- » guno de los cuatro caracteres de los verdaderos bienes , siendo todos » escasos , cortos , breves y maleados ? » Otro tanto cabe decir de los males del mundo , que en realidad vienen á ser poca cosa , y siempre envuelven consigo algún consuelo : « ¿ No sería yo , pues , un loco » rematado si por apego á los bienes de la tierra , y por miedo á las » tribulaciones actuales sacrificase los bienes futuros y me precipi- tase en los males de la eternidad ? » Cuarto , sus vías. La vía del cielo es ser fiel en las pequeñas cosas , porque escrito está : El que es fiel en lo menor , también lo es en lo mayor ⁴ : « La pequeña acción que » estoy haciendo ahora , si la hago bien , es un eslabón de esa gran » cadena cuyo extremo está en las manos de Dios , y que me atraerá » suavemente á la eterna mansión de la bienaventuranza . »

Haz esto y no pecarás jamás : no pecarás jamás , es decir , según expresión de san Dionisio , jamás mortalmente , y raras veces venial- mente. La promesa de Dios es formal , y para corroborarla por vía de contraste el oráculo infalible asegura que la causa de todos los pecados que mancillan la tierra y llenan el infierno es la falta de meditación ².

No pecarás jamás : lo acredita la experiencia. « La consideración » de las postrimerías , dice san Agustín , es la ruina del orgullo , la » destrucción de la envidia , el espantajo de la lujuria , el fundamento » de la virtud y el camino real de la eterna salvación ³. » Quien leyere la historia de la Iglesia se convencerá de que el recuerdo de las postrimerías ha atajado mas delitos y convertido mas pecadores que todos los misioneros juntos. ¿ Quién ignora la decisiva influencia que este saludable remedio ejerció sobre san Juan Crisóstomo , san Agus- tín , san Jerónimo , san Marcelo , san Bernardo , san Ignacio , san Francisco Javier , san Luis Gonzaga , san Francisco de Borja y otros infinitos ?

Las virtudes. — La memoria de las postrimerías es una medicina soberana para preservarnos y guarecernos del pecado , y para obli- garnos á romper malos hábitos y contraerlos nuevos y buenos ; sin embargo la cura no es completa , y el cristiano no alcanza á lo que debe ser , sino cuando estos buenos hábitos vienen á constituir la regla de su conducta. Efectivamente para mantener nuestra unión temporal

⁴ Qui in minimis fidelis est , et in majori fidelis est. (*Luc. xvi, 10.*)

² Desolatione desolata est omnis terra , quia nullus est qui recogitet corde. (*Jerem. xii, 11.*)

³ Consideratio hujus sententiæ , destructio est superbiæ , extinctio invidiæ , me- dela malitiæ , effugatio luxuriæ , evacuatio vanitatis et jactantiæ , constructio disci- plinæ , perfectio sanctimoniam , præparatio salutis æternæ. (*Specul. peccat. c. 1; Corn. à Lapid. in hunc loc.*)

con Nuestro Señor y alcanzar la union eterna con él, no basta evitar el mal; es preciso practicar el bien; no basta estar libre de vicios; es preciso tener virtudes, y si así no fuere, preparémonos á sufrir la sentencia dictada contra el árbol estéril y el inútil servidor. Mas ¿cómo practicar las virtudes, si no se conocen? Para que se conozcan vamos á dar de ellas una nocion suficiente, á fin de que observando una vida enteramente cristiana logremos perpetuar nuestra union con Jesucristo.

El hombre puede ser considerado en sí mismo, y en sus relaciones con Dios: en sí mismo aparece con el rico don de su entendimiento y su voluntad; en sus relaciones con Dios aparece como destinado á la posesion del eterno bien. De estos conceptos procede la distincion de las virtudes en tres clases: *intelectuales, morales y teologales*; pero digamos primero, ¿qué se entiende por virtud en general? *Virtus* quiere decir *fuertza*, pues para obrar bien se necesita vencer, tener fuerza. « La virtud, dice santo Tomás, es una buena cualidad ó un buen hábito del alma que nos hace vivir con arreglo á la sana razon, ó una habitud que nos perfecciona hasta hacernos obrar el bien ¹. » La virtud ó es *infusa*, esto es, comunicada á nuestra alma por Dios mismo, sin cooperacion de nuestra parte, como la fe, la esperanza y la caridad en el Bautismo, ó *adquirida*, esto es, granjeada por actos reiterados de nuestra voluntad con apoyo de la gracia, como la paciencia, la obediencia y la mortificacion ².

Las virtudes intelectuales son hábitos que perfeccionan el entendimiento, y se reducen á tres principales: *sabiduria, ciencia é inteligencia* ³. La sabiduria es una virtud por la que nuestro espíritu distingue los efectos en sus causas mas elevadas. En el orden material, el hom-

¹ *Virtus est bona qualitas mentis (seu habitus), qua recte vivitur, qua nullus male utitur; vel, quidam habitus perficiens hominem ad bene operandum. (1, 2, q. 55, art. 4; id. q. 58, art. 3.)*

² *...Quam Deus in nobis sine nobis operatur; quæ quidem particula si auferatur, reliquum definitionis erit commune omnibus virtutibus, et acquisitis et infusis. (Id. id. q. 55, art. 4.) — Virtutes infusæ, seu supernaturales, sunt illæ quæ nequeunt per potentiam naturalem comparari, sed ex natura sua intrinseca postulant infundi sicque nobis à Deo immediate infunduntur, ut sunt habitus fidei, spei et caritatis, qui etiam parvulis in Baptismo divinitus infunduntur, ex Conc. Trid. sess. VI, c. 7, ibi: « In ipsa justificatione cum remissione peccatorum hæc omnia simul infusa accipit homo per Jesum Christum, cui inseritur, fidem spem et caritatem. » Virtutes acquisitæ, seu naturales sunt illæ quæ ex natura sua possunt physice acquiri ab ipsa potentia per frequentationem actuum, et de facto nostris frequentatis actibus comparantur, et acquiruntur, ut sunt habitus humilitatis, temperantiæ, mansuetudinis et hujusmodi. (Ferraris, art. *Virtus*, n. 6, 7.)*

³ *Virtus intellectualis est per quam intellectus perficitur ad considerandum verum: hoc enim est bonum opus ejus... ponit has solum tres virtutes intellectuales, scilicet, sapientiam, scientiam et intellectum. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2.)*

bre perfeccionado por ella es como un espectador colocado en la cima de una montaña, que descubre grande extension de terreno, que ve formarse el rayo y los depósitos subterráneos de donde brotan las fuentes, despejando en sus causas los fenómenos cuya existencia desconocen los seres vulgares. En el orden moral el hombre aquilatado por la sabiduria abarca todos los sucesos, la elevacion y la caida de los imperios, las revoluciones sociales, sus tendencias, los castigos y los premios que reciben en la causal de las causas, en la providencia de Dios. ¡Qué superioridad no le comunica esta presciencia, y qué inefables goces no le procura! No es de extrañar que Salomon nada mas pidiese al Señor que la sabiduria, confesando que por ella le vinieron todos los bienes ⁴.

Oracion, lectura de buenos libros, pureza de espíritu y meditacion, hé aquí los medios principales de obtener esta sabiduria divina que nos preservará de la sabiduria mundanal, ciega, maldita y enemiga jurada de Dios y de los hombres ⁵; pero ¡cuán rara es ella, y por ende cuán necesaria en nuestros dias! Pidámosela al Señor, diciéndole con Salomon: *Dame la sabiduria que asiste á tu trono... para que esté conmigo, y conmigo trabaje, para que sepa yo lo que te es agradable* ⁶.

La ciencia es una virtud por la cual nuestro espíritu ve las cosas en sus efectos, en sus consecuencias y en su relacion mas inmediata con nosotros. El hombre perfeccionado por el saber, aprecia, juzga, discute, analiza, prevé, coordina los efectos con las causas, los principios con sus ilaciones, y por una cadena de racionios forma sistemas que le conducen á preciosos descubrimientos ya en el orden material, ya en el moral. Así, puede decirse que el sabio ve desde arriba, y el docto desde abajo; aquel descendiendo de las causas á los efectos, y este remontándose de los efectos á las causas ⁷. Si nada es mas peligroso que un docto á medias, nada tampoco es mas apreciable y á menudo mas útil que un docto verdadero. Cada cual, en

⁴ *Omnia bona venerunt mihi pariter cum illa. (Sap. vii, 11.)*

⁵ *I Cor. iii, 19; Jacob. iii, 15.*

⁶ *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam... ut mecum sit et mecum laboret ut sciam quid acceptum sit apud te. (Sap. ix, 4, 10.)*

⁷ *Sapientia considerat altissimas causas... Unde convenienter judicat et ordinat de omnibus, quia judicium perfectum et universale haberi non potest nisi per resolutionem ad primas causas. Ad id vero quod est ultimum in hoc vel illo genere cognoscibilem perficit intellectum scientia; et ideo secundum diversa genera scibilem sunt diversi habitus scientiarum, cum tamen sapientia non sit nisi una... Sapientia est quadam scientia in quantum habet id quod est commune omnibus scientiis, ut scilicet ex principiis conclusiones demonstret. Sed quia habet aliquid proprium supra alias scientias, in quantum scilicet de omnibus judicat, et non solum quantum ad conclusiones, sed etiam quantum ad prima principia; ideo habet rationem perfectioris virtutis quam scientia. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2.)*

la clase en que Dios le situó, está obligado á ser sólidamente instruido, esto es, á adquirir el saber necesario para el buen desempeño de sus obligaciones hácia Dios, hácia sí mismo y hácia el prójimo; y á nadie fué lícito jamás dejar entorpecer su espíritu en la ignorancia, como no es lícito al labrador dejar inculto su campo, ó al siervo guardar improductivo el talento de su señor, pues Dios condena la ignorancia voluntaria, al paso que promete magníficos galardones á los que depuran su espíritu en el saber¹. Los mejores medios de adquirirla son el recogimiento, el estudio y la docilidad.

La tercera de las virtudes intelectuales es la inteligencia: consiste en un hábito que perfecciona nuestro espíritu disponiéndole á la noción de los principios de las cosas en sí mismas, hecha abstracción de las conclusiones que se arguyen². El hombre dotado de esta admirable virtud ve la verdad en su pureza, parecido al águila real, cuya segura mirada contempla sin fatigarse, según dicen, el disco esplendente del sol: nada más elocuente que su palabra; nada más persuasivo que sus observaciones; nada más concluyente que sus afirmativas. ¡Cuán necesaria nos es esta inteligencia para desvanecer las nubes y tinieblas que los sofismas de otros ó nuestras propias pasiones esperecen hoy más que nunca sobre los principios más incontestables, sobre las verdades más necesarias al sosten de la Religión, de la sociedad ó de la familia! Tal es, según el oráculo del Espíritu Santo, el efecto especial de esta virtud, la que sin cesar hemos de pedir á Dios y formar en nosotros, sacudiendo el imperio de los sentidos y las especulaciones del interés, y poniendo en práctica la reflexión³.

La sabiduría, la ciencia y la inteligencia son las tres grandes virtudes que perfeccionan nuestro espíritu; todas tres van dirigidas á un mismo objeto, distinguiéndose entre sí, no por su índole íntima, sino por su superioridad relativa. Así la ciencia depende de la inteligencia, al paso que una y otra dependen de la sabiduría, que á las dos abarca, extendiéndose igualmente á los efectos y á las conclusiones de las ciencias, y á los principios de donde las mismas emanan⁴.

Las virtudes morales, que son las que reconocen por base nuestras

¹ Prov. xv, 24; xvi, 20; xvii, 27; Eccli. xxi, 26; xl, 31.

² Quod est per se notum se habet ut principium et percipitur statim ab intellectu; et ideo habitus perficiens intellectum ad hujusmodi veri considerationem vocatur *intellectus*, qui est habitus principiorum. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2.)

³ Baruch, iii, 14; Eccli. xxxix, 8.

⁴ Si quis recte consideret, istæ tres virtutes non ex æquo distinguuntur ab invicem, sed ordine quodam... scientia dependet ab intellectu sicut à principaliori; et utrumque dependet à sapientia sicut à principalissimo, quæ sub se continet et intellectum et scientiam, ut de conclusionibus scientiarum dijudicans, et de principiis earundem. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2.)

inclinaciones y tendencias, perfeccionan la voluntad del hombre para la práctica del bien y para el buen empleo de su razón. Si solo nos hacen obrar por un motivo natural, no pasan de ser meramente morales y humanas, estériles para la salud; pero si reconocen por móvil la fe, conviértense en sobrenaturales, cristianas y meritorias para la vida eterna¹. No todas las virtudes morales están en la misma línea, pues hay cuatro, á saber, la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*, llamadas *cardinales*, porque son como la base y origen de todas las demás: en efecto, la prudencia regula el entendimiento, la justicia la voluntad, la templanza el apetito concupiscible, y la fortaleza el apetito irascible².

La prudencia es la ciencia práctica de aquello que importa hacer y que importa evitar³: su oficio es mostrarnos en cuanto decimos, hacemos ó vedamos el fin á do debemos tender, los medios oportunos, las circunstancias de lugar y tiempo y otras semejantes, para que nuestras acciones sean buenas en todos conceptos. Esto hace que se llame á la prudencia maestra de las virtudes, porque respecto á todos es lo que el ojo al cuerpo, la sal á los alimentos, y el astro del día al universo: no hay otra más necesaria ni más formalmente encarecida por Nuestro Señor: ella es la verdadera ciencia de los Santos⁴; ella domina todas las potencias del alma, explotándolas para sus fines: á la memoria obligándola á acordarse de la experiencia ajena y de la pro-

¹ Virtus humana est quidam habitus perficiens hominem ad bene operandum. Principium autem humanorum actuum in homine non est nisi duplex, scilicet intellectus sive ratio, et appetitus; hæc enim sunt duo moventia in homine... Unde omnis virtus humana oportet quod sit perfectiva alicujus istorum principiorum. Si quidem sit perfectiva intellectus speculativi vel practici ad bonum hominis actum, erit virtus intellectualis; si autem sit perfectiva appetitivæ partis, erit virtus moralis. (D. Thom. 1, 2, q. 58, art. 3.)

² Belar. *Dottr. crist.* pág. 209.

³ Prudentia est appetendarum et vitandarum rerum scientia. (S. Aug. *De Liber. arbitr.* lib. I, c. 43.) — Virtutes cardinales quatuor assignantur, scilicet, prudentia, justitia, temperantia et fortitudo, de quibus legitur *Sap. viii, 7: Sobrietatem enim et prudentiam docet, et justitiam, et virtutem, quibus utilius nihil est in vita hominibus.* Unde S. Ambr. *in c. vi Evang. Luc.* sic expresse habet: Scimus virtutes esse quatuor cardinales, temperantiam, justitiam, prudentiam, fortitudinem; et S. Aug. *in Psalm. lxxxiii, 8: « Virtutes, inquit, agendæ vitæ nostræ » quatuor describuntur à multis, et in Scriptura inveniuntur. Prudentia dicitur, » qua dignoscimus inter bonum et malum; justitia dicitur, qua sua cuique tribuimus, nemini quidquam debentes, sed omnes diligentes; temperantia dicitur, » qua libidines refrænamus; fortitudo dicitur, qua omnia molesta toleramus. »*

...*Cardinales* nuncupantur, quia sunt tanquam aliarum virtutum moralium fontes, et cardines quibus subnixa tota humana vita regitur. Sicut enim ostium in *cardine*, ita omnis honestæ vitæ ratio in illis versatur, atque universa boni operis structura eisdem innititur. Unde S. Greg. *lib. II Moral. c. 36: In quatuor virtutibus totam boni operis structuram consurgere testatur.* (Ferraris, art. *Virtus*, n. 88, 89.)

⁴ Scientia Sanctorum prudentia. (*Prov. ix, 10.*) — Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ. (*Matth. x, 16.*)

pia, de las faltas ajenas y de las nuestras, para precaver nuevas caídas, recordando las ocasiones del mal para evitarlas; al entendimiento ilustrándole acerca los fines que nos debemos proponer, sobre los hombres y sus disposiciones; á la voluntad dirigiéndola en sus operaciones.

La prudencia se extiende á todo, con diferentes nombres, segun los objetos á que se aplica: la *personal* enseña á cada uno la manera de conducirse relativamente á sí mismo, á su alma y á su cuerpo; la *doméstica* enseña á los padres y madres el modo de criar á sus hijos, dirigir sus miras espirituales y temporales, y llenar sus obligaciones entre sí; la *política* enseña á los optimates de las naciones, en la jerarquía espiritual ó temporal, á dirigir á sus subalternos y hacerles cumplir las leyes divinas, eclesiásticas y civiles; la *legislativa* enseña á los legisladores á dictar leyes sábias, justas, convenientes y adaptadas al bienestar de los pueblos; la *militar* enseña á los caudillos las reglas necesarias para combatir con éxito y triunfar con moderación¹.

Á la prudencia se refieren virtudes especiales que nacen de ella como hijas de su madre, y son la *prevision*, que conjetura, y conoce de antemano el medio de salir bien de alguna empresa; la *circunspeccion*, que pesando las cosas con madurez, no deja nada al acaso; el *discernimiento*, que despues de examinar el pro y el contra, acuerda el partido mas certero y los medios mas propios de conseguirlo; la *desconfianza de sí mismo*, y la *docilidad* en seguir el dictámen de los sabios.

Tambien á la prudencia se oponen dos clases de vicios, unos por defecto y otros por exceso, puesto que esa virtud, así como las restantes morales, consiste en un justo medio que dista por igual de sus extremos. Los primeros son en número de cinco: 1º. la *precipitacion*, consistente en arrojarse á lo que se ofrece sin consultar con nadie; vicio que origina hartos deslices, mas ó menos graves, segun las circunstancias; 2º. la *inconsideracion*, que juzga, decide y obra sin cálculo ó exámen suficiente; 3º. la *inconstancia*, que sin fundado motivo retrae de una determinacion adoptada con madurez; 4º. la *negligencia*, que hace omitir los medios conducentes para la ejecucion de un proyecto decidido; 5º. la *imprudencia*, que no atiende á dificultades, á riesgos ni á reflexiones, exponiendo á marchar en falso, y á cometer yerros y aun graves pecados. Los segundos son tambien cinco: 1º. la *prudencia carnal*, que dirige nuestra conducta insiguiendo las miras y los apetitos de la corrompida naturaleza; 2º. la *astucia*, que es el arte de buscar medios para burlar al prójimo; 3º. el *artificio*, que es el modo de poner en juego estos pérfidis manejos por obra ó de pa-

¹ D. Thom. 2, 2, q. 50, art. 1.

labra; 4º. el *fraude*, que es la ejecucion, por hechos positivos, de la astucia y del artificio, como usar pesas ó monedas falsas en el comercio; 5º. la *demasiada solicitud* por las cosas temporales. ¡Qué miseria la de estos prudentes del siglo, los cuales concretándolo todo á su interés personal, no se hacen escrúpulo sobre la eleccion de planes y los medios de ejecucion! Pero ya vendrá dia en que se verá fueron los mas imprudentes, por comprometer tras efimeros logros la posesion del supremo Bien.

Tocante á los medios de adquirir la prudencia cristiana, única de que aquí se trata, y que por esencia consiste en la voluntad de acomodarlo todo á la salvacion y perderlo todo antes que el alma, el primero es pedírsela á Dios; el segundo tomar consejo de sugetos sabios, probos y discretos; el tercero preguntarse antes de obrar: ¿qué relacion tiene este acto con mi eterna salud?

La justicia es una virtud que induce á dar á cada uno lo que le pertenece¹: su oficio es establecer y conservar la igualdad en los tratos, sobre lo cual estriban y descansan la paz pública y privada. Si cada uno supiera contentarse con lo suyo sin apetecer lo de los demás, no habria guerras ni discordias. Esta virtud, absolutamente necesaria, obliga en especial á dar al alma lo que le corresponde, sus alimentos y remedios; al cuerpo lo que le atañe, el sustento y el vestido; obliga tambien á vender á justo precio, á respetar compromisos contraidos, á reparar daños y quebrantos irrogados; obliga á los gobernantes á administrar universal justicia, pues á este fin ejercen el mando², y á conferir empleos, honras y dignidades, no por favoritismo sino por mérito; obliga á las naciones á guardar entre sí las reglas de la equidad, á no trabar guerras sin competentes motivos, á respetar aun en legítima guerra los fueros de la humanidad segun los estableció el Cristianismo entre los pueblos civilizados, y por fin obliga al hombre á rendir á Dios el homenaje que le debe; de donde aquel fundamental precepto del Maestro divino: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios³.

Resulta, pues, que la justicia abraza todos los deberes de los hombres, ya sea en relacion consigo mismos, ya en relacion con los demás y con Dios, obligándoles á ser justos con su alma y su cuerpo, y con el alma y cuerpo de sus hermanos. Es por lo tanto madre de las virtudes siguientes: 1º. la *religion*, que rinde á Dios el culto supremo interno y externo, abarcando la fe, la esperanza, la caridad, la devocion, la oracion, la adoracion, el sacrificio, el juramento, el voto y la

¹ Justitia ea virtus est que sua cuique distribuit. (S. Aug. *De Civit. Dei*, lib. XIX, c. 21.)

² De aquí aquella interpelacion que una mujer del pueblo dirigió al emperador Trajano: « Aut jus dicitur, aut imperator esse desinito. »

³ Matth. xxii, 21.